



XIX Domingo del Tiempo Ordinario

(ciclo A)

09 de agosto de 2026

1. Notas exegéticas

"¡Ánimo, soy yo, no tengas miedo!". Estas palabras de Jesús constituyen el corazón del Evangelio de hoy, y las lecturas nos llevan a reflexionar sobre nuestra propia realidad. Jesús se presenta justamente en ese momento: en medio de la noche, cuando los discípulos se encuentran lejos de la orilla, sacudidos por el viento contrario y dominados por el temor. ¿Cuáles son esas tormentas de nuestra vida? Son momentos en que tenemos miedo y la fe vacila. Las tres lecturas nos hablan, en el fondo, de tres miedos muy humanos: el miedo al fracaso, representado por Elías; el miedo a sufrir por quienes amamos, reflejado en Pablo; y el miedo a hundirnos en medio de las tormentas de la vida, simbolizado en Pedro.

Reyes 19, 9a. 11-13

¿Dónde está Dios?

Este texto de la experiencia de Elías en el Horeb (según otra tradición, el Sinaí) es una de las piezas maestras de la religiosidad antigua. El miedo de Elías a la reina Jezabel que quería desplazar a Yahvé por el Baal fenicio obliga al profeta a huir. Pero esto se transforma en una marcha en busca de Dios. El profeta quiere ir a los orígenes, al Dios del Sinaí, de la Alianza, de los mandamientos. Casi sin fuerzas, se refugia en una cueva





Plan de Predicación

lleno de miedo y se le anuncia el "paso" de Yahvé. Porque Dios siempre pasa por la vida de las personas y de los pueblos, pero no lo hace de cualquier forma y manera.

Dios no aparecerá como lo esperaba el profeta: primero en un viento fuerte, después en un terremoto y finalmente en el fuego. ¿Dónde está Dios? En el silencio. Hay una voz (qol), pero en el "silencio profundo" o sutil o imperceptible, como de seda. Y es ahí donde Elías tiene que notar la presencia y la manifestación de Dios, en la brisa de su alma y de su corazón. Se trata de ese silencio de noche oscura, que experimentan los místicos y los no místicos, es una presencia sencilla, humana y entrañable de Dios que comparte, de verdad, nuestra existencia.

Salmo 84, 9ab-10. 11-12. 13-14

R/. Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación

El salmo 83 es un canto de nostalgia por el Dios de Sion y por su bendición. El salmo 84 aumenta ese motivo: Dios bendice a Sion, a su pueblo y a la tierra. El salmista comienza con los recuerdos de los favores divinos en el pasado (vv. 2-4), prosigue con la suplica por el tiempo presente (vv. 5-8) y termina con un mensaje de aseguración (vv.9-14).

El salmo converge en un punto, vv. 9-10, donde Dios asegura su presencia y su salvación. En este lugar se reúnen toda la realidad salvífica personificadas: bondad, fidelidad, justicia y paz. "La verdad o fidelidad brota desde el cielo y la justicia mira desde el cielo". La verdad que brota de la tierra es Cristo, nacido de mujer.

San Pablo a los Romanos 9, 1-5

La preocupación de Pablo y los privilegios de Israel

Por tres domingos tendremos pasajes de esta gran sección de Rom 9-11). Merece que nos detengamos con atención. La carta ha dejado bien a las claras su "evangelio" y sus radicalidades: nadie puede salvarse si no es por la fe en Cristo que nos lleva a al amor de Dios, El hilo conductor del argumento del apóstol en Rom 9-11, es de alguna manera el hecho que la obra de Dios en el Evangelio de Cristo es la continuidad de lo





Plan de Predicación

que Dios prometió en la Escritura de Israel (el AT). Para poder abrazar el Evangelio, sin dudas, los judíos necesitaban escuchar este mensaje para ver que éste es realmente el cumplimiento del AT. Por su parte, los judíos cristianos también han de tener en claro, sin lugar a duda, que su fe en Cristo no significa que hayan dejado de creer en el Dios del AT o que no tengan una herencia judía. Sin embargo, los cristianos de origen gentil han de notar también que existe una conexión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento por lo que al plan de la salvación se refiere. Ellos tienen que comprender que su fe hunde profundamente sus raíces en el humus de la Escritura de Israel.

Pablo escribe a una iglesia envuelta en un conflicto entre judíos y gentiles. Su evangelio y teología misionera podían resultar ofensivos tanto para los unos como para los otros por diversas razones. Con su estrategia retórica Pablo exhorta a la unidad y a la aceptación común de su evangelio y su práctica misionera.

Los vv. 1-5 hablan de la preocupación de Pablo y los privilegios de Israel. El apóstol expresa su preocupación como un intenso y continuo sufrimiento (pathos), confesando su tristeza y sufrimiento en su corazón por sus compatriotas los judíos (9,1-3). En estos vv. 1-5 se establece el escenario para el desarrollo de este extraordinario argumento. Hablando de un modo personal, Pablo contrasta las prerrogativas de Israel con su dilema. Habiéndosele prometido tanto (vv. 4-5), Israel se encuentra bajo maldición y desvinculado de Dios como consecuencia del Evangelio. La tensión suscitada por esta situación dirige el argumento de estos capítulos. En su negativa a aceptar a Jesús como Mesías y el cumplimiento del divino plan de la redención para ellos, la mayoría de los judíos se han apartado del pueblo de Dios y de la salvación que promete a su pueblo.

Ubicándose "en Cristo" y su conciencia "en el Espíritu Santo", Pablo se identifica desde el principio de este discurso como uno que pertenece a Cristo y al Espíritu. Tiene primacía incluso sobre su relación física con Israel, y es desde esa ubicación en Cristo que considera la relación entre Dios y los israelitas, su pueblo.

Enumerando los privilegios de Israel (9,4-5), Pablo asegura su cercanía y gran preocupación a la minoría judía de la comunidad de Roma, por su bienestar y su





reconocimiento de sus privilegios. Con esa firmeza, el apóstol condenará a la mayoría gentil, cualquier arrogancia o dureza de corazón hacia el pueblo elegido. Y, a todos invita a tener actitud de amor y respeto, para gloria de Dios.

La tesis de todo el discurso: comenzando con el principio divino de “elección” (9,1-13), a pesar de su angustia por la falta de fe de sus compatriotas, Pablo proclama: “la palabra de Dios no ha fallado” (9,6a; Is 40,8; 55,11). Y, confirma su tesis: “Porque no todos los que son de Israel (1) pertenecen a Israel” (2) (9,6b). Aunque “Israel” dos veces en esta frase, no de la misma manera: En (1) se refiere al patriarca Israel, y en (2) a la nación que descende de él. Tesis de Pablo: no todos los descendientes físicos del gran patriarca pertenecen al pueblo que lleva su nombre.

Del Santo Evangelio según San Mateo 14, 22-33

¡Ánimo, soy yo, ¡no tengan miedo!

Por medio de la escena que sigue a la primera multiplicación de los panes, Mateo continúa sus alusiones al Éxodo mediante la descripción del poder de Jesús sobre el agitado mar. El evangelista ya había demostrado tal poder en una escena anterior en 8,23-27. En esa oportunidad, Jesús no solo calma el mar, sino que también camina sobre este. Mientras los discípulos se habían preguntado acerca de su identidad en 8,27 (“¿Quién es este?”), ahora ellos son capaces de confesar que Jesús es el “Hijo de Dios” (14,33). La historia comienza con Jesús enviando a sus discípulos por delante en la barca mientras que se quedaba aparte en oración (primera vez que Mateo presenta a Jesús buscando tiempo privado para orar: cf. 26,39; 42,44). Mientras los discípulos navegaban con mucha dificultad en medio de la tormenta, Jesús viene hacia ellos sobre el agua.

Una vez que Jesús ha calmado el miedo de los discípulos, Pedro le pide que le permita a él también caminar sobre el mar. Esta historia es exclusiva del Evangelio de Mateo y encaja con el protagonismo que este otorga a Pedro (con añadidos exclusivos en 8:14-15; 15,15; 16,17-19; 17,24-27; y 18,21-22). Mateo describe a Pedro en esta historia como impulsivo y como alguien de “poca fe” (14,28-30, 31; cf. 16,22; 17,24-25; 26,69-75). Lo segundo encaja con su papel de representante de los discípulos, ya que a lo





Plan de Predicación

largo de la narración se describe a los discípulos como personas de “poca fe” (6:30; 8:26; 16:8; 17:20). En este pasaje, “poca fe” significa vacilar (14,31) y solo aparece aquí y al final de la narración de Mateo en el Nuevo Testamento.

En este relato sobre Jesús, Mateo pone el énfasis en la identidad de Jesús, ya que los discípulos, en un primer momento, lo confunden con un fantasma (14:26); Jesús los tranquiliza asegurándoles: “Soy yo” (14:27). Aunque no se trata de la afirmación joánica “Yo soy”, el uso que hace Mateo de estas dos palabras probablemente evoca Éxodo 3:14, con su presentación del nombre divino. Mateo subraya la participación de Jesús en la identidad divina mediante la adoración que recibe cuando los discípulos exclaman: “Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios” (14:33). En el judaísmo, este lenguaje de filiación podía referirse al rey de Israel (cf. 2 Sam 7:14; Sal 2:7) y, más concretamente, al Mesías (2 Esdras 7:28-29). O bien, más ampliamente, a Israel como pueblo (Os 11,1). Mateo utiliza el lenguaje de la “filiación” en ambos sentidos para destacar a Jesús como representante de Israel (p. ej., Mt 2,15) y como el Mesías elegido por Dios (cf. Mt 16,16; 26,63).





II. Pistas homiléticas

Pablo y la cuestión judía: el amor auténtico no se desentiende

Siempre ha habido una polémica acerca de que tenemos los cristianos actitudes "antisemitas". Pablo, un judío de verdad, aclara las cosas. No se trata de un juego, sino de decir la verdad sobre Dios y sobre la salvación. Los cristianos nunca podrán olvidar que han conocido al Dios de la salvación por medio de un judío como Jesús de Nazaret. Nunca deben olvidar que ese pueblo ha mantenido la antorcha religiosa por mucho tiempo.

Pablo plantea la "cuestión judía", al comienzo, con el deseo de ser condenado con tal de que su pueblo acepte a Cristo. ¡Qué más se puede decir! ¡Quiere ser condenado con tal de que sean salvados los suyos! Pero no de cualquier forma y manera. También, como Elías, que tuvo que ver a Dios en "la voz del silencio", el pueblo judío está llamado a no "exigirle" a Dios que lo salve, sino a dejarse salvar por amor. Su ley no les garantiza nada, porque Dios no salva por cualquier cosa, sino porque ama.

Pablo lleva a los suyos en el corazón y desearía que todos descubrieran la salvación de Cristo. También nosotros conocemos ese dolor. Hay sufrimientos que no podemos resolver y caminos que no podemos recorrer por los demás (hijo, hermano que pasa momentos complicados, un amigo que se alejó de la fe). Y precisamente ahí aparece la tentación de la indiferencia, de pensar que ya no hay nada que hacer. Es aquí donde Pablo nos enseña que el amor auténtico no se desentiende. No controla, no obliga ni impone, pero tampoco abandona. Sigue esperando, sigue rezando y sigue confiando.

Cristología y discipulado: un camino de fe

Mateo pone el énfasis en la identidad de Jesús, ya que los discípulos, en un primer momento, lo confunden con un fantasma (14,26); Jesús los tranquiliza asegurándoles: "Soy yo" (14,27). En una fase anterior del evangelio, los discípulos se habían preguntado acerca de su identidad, "¿Quién es este?" (8,27), ahora ellos son capaces de confesar que Jesús es el "Hijo de Dios" (14,33).

La fe se presenta como un proceso, un camino que se va haciendo como discípulos de Jesús. En esta escena, Mateo describe a Pedro en esta historia como impulsivo y como





Plan de Predicación

alguien de “poca fe”. Esto último encaja con su papel de representante de los discípulos, ya que a lo largo de la narración se describe a los discípulos como personas de “poca fe”, que significa “vacilar” (14,31) y solo aparece aquí y al final de la narración de Mateo en el Nuevo Testamento (17,20).

Hace unos años, en un momento difícil que atravesaba la humanidad que fue la pandemia causada por el COVID, el Papa Francisco nos dio una inyección de fe y esperanza justamente utilizando esta escena de Jesús con sus discípulos (pero el texto paralelo de Marcos). Lo proclamó y meditó en la solitaria y oscura Plaza San Pedro en el Vaticano. Así como aquella ocasión en que “todos estábamos en la misma barca”, se presentaban momentos de vacilaciones (poca fe) en nuestra vida, Jesús viene a darnos serenidad asegurándonos: “Animo, soy Yo, no tengan miedo”.

Jesús nos regala su presencia. Por eso la gran noticia de esta liturgia es que nunca estamos solos. En el silencio de nuestras decepciones, en el dolor por las personas que amamos y en medio de las tormentas que amenazan con hundirnos, Cristo sigue acercándose a nuestra barca.





III.

Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos, en este Domingo XIX del Tiempo Ordinario, el Señor nos reúne para fortalecer nuestra fe y renovar nuestra confianza en Él. Venimos con nuestras búsquedas, temores y esperanzas, y Dios nos sale al encuentro para mostrarnos que su presencia no se impone con estruendo, sino que se revela en la suavidad de su voz y en la fuerza de su amor. Dispongamos el corazón para celebrar estos santos misterios, dejándonos conducir por Aquel que extiende su mano y sostiene nuestra vida.

Monición a las lecturas

La Palabra de Dios no deja de revelarnos la presencia del Señor tanto en la suavidad que habla al corazón como en las tormentas que desafían nuestra fe. Él nos reconcilia, nos sostiene cuando vacilamos y nos invita a caminar con confianza hacia Cristo, aun cuando el viento sea contrario. Escuchemos.





Oración de fieles

Presidente: Confiados en el Señor que siempre tiende su mano para salvarnos, elevemos nuestras súplicas diciendo:

R/. Señor, escucha nuestra oración.

1. Por la Iglesia, para que, guiada por el Espíritu Santo, sea siempre signo de esperanza, de cercanía y de misericordia en medio de las dificultades del mundo. Roguemos al Señor.
2. Por nuestra patria, para que en este nuevo periodo presidencial el Señor la acompañe con su gracia y la conduzca por caminos de justicia, reconciliación y paz duradera. Roguemos al Señor.
3. Por quienes atraviesan momentos de temor, incertidumbre o cansancio, para que descubran la presencia de Cristo que se acerca, fortalece y sostiene en medio de las tormentas de la vida. Roguemos al Señor.
4. Por las familias de nuestra comunidad, para que permanezcan unidas en el amor, crezcan en la fe y encuentren en el Señor la fuerza para superar las pruebas cotidianas. Roguemos al Señor.
5. Por nosotros, reunidos en esta celebración, para que la Palabra escuchada y el Pan compartido renueven nuestra confianza en Cristo y nos impulsen a vivir con generosidad, entrega y fe perseverante. Roguemos al Señor.

Presidente: Padre bueno, que en tu Hijo nos llamas a caminar hacia Ti y nos sostienes con tu mano poderosa, escucha nuestras súplicas y concédenos lo que, con fe, hemos pedido. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén





XIX Domingo del Tiempo Ordinario

Ciclo A

9 de agosto

1. Claves de reflexión

1. Acompañar

En el encuentro con la Palabra de Dios se presentan dos situaciones que tienen en común la presencia de Dios y el interrogante de cómo reconocerlo y salir a su encuentro.

Para entender mejor cómo puede ocurrir en nuestra vida, pensemos en situaciones que nos acerquen, tanto a Elías como al Apóstol Pedro. Elías estaba huyendo y se refugia en una cueva, Pedro y los discípulos están en una barca, azotados por el viento. ¡Todos tienen miedo! Y desconfían de lo que hay afuera. Del mismo modo nos sucede a nosotros. Hay voces que nos prometen que todo estará, bien pero no sabemos distinguir si vienen de Dios. Todo cambia cuando escuchamos una voz conocida que nos tranquiliza. ¿Cuáles son esas voces y esa presencia que nos hace sentir tranquilos y nos permite vencer el miedo?

2. Motivar

Las señales que se nos presentan son: *«Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor. ¡El Señor va a pasar!» «¡Ánimo, soy yo, no tengan miedo!»* Cada una nos habla de alguien que ha hecho cosas grandes a nuestro favor y que siempre cuida de nosotros. Tanto Elías como el Apóstol Pedro han visto a Dios hacer grandes cosas y reconocen su voz. El miedo estará siempre presente. El miedo es importante porque nos ayuda a ser conscientes y a estar alerta ante aquello que nos amenaza. Sin embargo, el miedo no es el que nos mueve; por lo tanto, no debemos aferrarnos a él, sino a la voz de Dios, que nos da confianza, que nos llama a salir del encierro y a caminar de su mano, con fe, con esperanza, porque su misericordia y su amor son fuertes, mucho más fuertes que el mal.





3. Retar

- ¿Qué es lo que te hace sentir miedo?
- ¿Cuáles son las cosas que amenazan tu alegría, tu bienestar?
- ¿En quién está puesta tu confianza?
- ¿Quién te hace sentir seguro/a y protegido/a?

Para responder a esto es necesario que estemos con Dios que nos cuida, conociéndolo, sabiendo lo que hace, como lo hicieron Elías y Pedro.

El reto es grande y más frecuente de lo que pensamos: estar atentos a la voz de Dios en cada momento, en cada paso, en cada decisión que tomamos.

¿Cómo sabemos que es la voz de Dios? Cuando la escuchamos trae calma y paz al corazón, nos hace sentir fuertes y seguros de que ningún mal tiene la última palabra.

Recuerda:

Acercarte a algún relato bíblico que nos recuerde la cercanía y la fuerza de Dios ante el mal y la mentira

Orar en actitud de escucha, pasar tiempo con Dios para conocerlo mejor y asegurarnos de que reconocemos su voz.





II. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Bienvenidos a este encuentro con Dios en el domingo XIX del Tiempo Ordinario. En la mesa de la Palabra y de la Eucaristía reconocemos a Dios, la fuente de la fuerza y del amor que nos ayuda a vencer el miedo y a salir de aquello que nos ata y atender la llamada a amar y servir, dos cosas que llenan y dan razón a nuestra vida. Participemos con alegría.

Monición a las lecturas

Dios siempre viene al encuentro de las personas, especialmente en el momento en que la vida está amenazada y las alertas del miedo no dejan de sonar. Así podemos ver que ocurre con Elías, en el libro de los Reyes y con Pedro y otros discípulos en el texto del evangelio de Mateo. Permitámosle a Dios hablar en nuestro corazón, con ese susurro que nos da paz; que su voz nos dé ánimo y nos ayude a levantar.





Oración de fieles

Presidente: Confiados en el amor de Dios Padre, que sale a nuestro encuentro en cada instante de nuestras vidas, presentemos nuestra súplica diciendo:

R./ Padre amoroso, escucha nuestra oración.

1. Por el Papa León y todos los pastores que cuidan de tu Iglesia para que sean portadores fieles y confiables de tu voz y de tu presencia en el mundo entero. Oremos.
2. Por quienes gobiernan las naciones, para que sepan reconocer la voz que trae la verdad, la reconciliación y la paz, de modo que escuchándola y llevándola a la práctica procuren siempre el bien común. Oremos.
3. Por todas las personas que sufren la persecución y sienten amenazada su vida, para que reconozcan tu voz en el amor misericordioso de los hermanos. Oremos.
4. Por todos nosotros aquí reunidos, para no nos dejemos llevar por las voces que nos infunden miedo y nos alejan del amor misericordioso de Dios. Oremos.

Presidente: Padre Bueno, míranos con misericordia y permítenos responder con fe al llamado de tu Hijo, que resuena en nuestros corazones: *«¡Ánimo, soy yo, no tengan miedo!»*. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

